

843

H.



BIBLIOTECA

PQ 2286

.M5

56

1901

v.2

A5096

SEGUNDA PARTE

COSETA





LIBRO PRIMERO

WATERLOO

I

LO QUE SE ENCUENTRA VINIENDO DE NIVELLES

En una hermosa mañana de Mayo del año 1861, un pasajero, el mismo que refiere esta historia, llegaba de Nivelles dirigiéndose hácia la Hulpe. Caminaba á pié. Entre dos hileras de árboles seguía una calzada ancha, empedrada y undosa sobre várias colinas continuadas en forma de sierras y que levantan el camino y le dejan caer despues, formando como enormes oleadas. Habia pasado por Lillois y Bois-Seigneur-Isaac, y divisaba, al Oeste, el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud que afecta la figura de un vaso volcado. Acababa de dejar tras sí un bosque en una altura, y en el ángulo formado por un camino trans-

versal, al lado de una especie de horca derruida en la cual se leía aún esta inscripción: *Antigua barrera n.º 4*, una taberna que ostentaba en su fachada este rótulo: *À les quatre vents. Echabeau, café de particulier.*

Como medio cuarto de legua más allá de aquella taberna, llegó al fondo de un vallecito donde hay agua que pasa bajo un arco practicado en el terraplen del camino. La arboleda, clara, pero muy verde, que puebla el valle por un lado de la calzada, se esparce por el otro en las praderas y se va con gracia y como en desórden hácia Braine-l'Alleud.

À orillas del camino, á la derecha, habia allí una posada, un carro de cuatro ruedas á la puerta, un grande haz de tallos de lúpulo, un arado, un monton de malezas secas junto á un seto vivo, un poco de cal humeando en un hoyo cuadrado, y una escalera á lo largo de un cobertizo viejo con las paredes de paja. Una jóven estaba escardando en un campo donde volaba al viento un gran cartel amarillo, probablemente del espectáculo foráneo de alguna Kermesse. En la esquina de la posada, al lado de una charca donde navegaba una flotilla de patos, una senda mal empedrada conducía á las malezas. El pasajero entró por allí.

À la distancia de unos cien pasos, despues de haber seguido á lo largo de una pared del siglo quince terminada en punta aguda, con ladrillos contrariados, hallóse en presencia de una gran puerta de piedra cimbrada, con imposta ó cornisa rectilínea, del grave estilo de Luis XIV, y dos medallones planos á los lados. Una fachada severa dominaba esta puerta; y una pared perpendicular á la fachada venía casi á tocar á la puerta, flanqueándola bruscamente con un ángulo recto. En el prado que estaba delante de la puerta habia tres rastrillos ó estacadas en las cuales crecian comusamente todas las flores de Mayo. La puerta estaba cerrada. Formábanla dos batientes decrepitos adornados con un aldabon viejo y lleno de herrumbre.

El sol estaba delicioso; las ramas de los árboles tenían ese suave estremecimiento de Mayo que parece venir de los nidos más bien que del viento. Un lindo pajarrillo, probablemente enamorado, vocalizaba perdido y sin tino en un grande árbol.

El transeunte se inclinó y se puso á considerar en la piedra de la izquierda, por bajo del pié derecho de la puerta, una excavacion circular bastante ancha, que se asemejaba al alvéolo de una esfera. En este momento se apartaron los batientes y salió una labradora.

Vió esta en seguida al pasajero y notó lo que estaba mirando.

— Una bala de cañon francesa fué la que hizo eso, dijo la mujer.

Y en seguida añadió:

— Aquello que usted ve allí, más arriba, en la puerta, junto á un clavo, es el agujero que hizo una bala vizcaína, gruesa. Pero la vizcaína no atravesó la madera.

— ¿Cómo se llama este sitio? preguntó el transeunte.

— Hougomont, dijo la labradora.

El pasajero se incorporó, dió algunos pasos, y se fué á mirar por encima de los setos. Distinguió en el horizonte, al traves de los árboles, una especie de otero ó montecillo, y sobre esta altura, cierta cosa que, de léjos, parecia ser un leon.

Se hallaba en el campo de batalla de Waterloo.

II

HOUGOMONT

Hougomont fué un lugar fúnebre; el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterloo aquel gran leñador de la Europa que se llamaba Napoleón; el primer nudo que halló bajo sus hachazos.

Era un castillo, y ya no es sino una granja. Para el anticuario, Hougomont es *Hugomons*. Esta residencia feudal fué edificada por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellania de la abadía de Villers.

El pasajero empujó la puerta, codeó bajo un soportal una carretela vieja y entró en el patio.

Lo primero que le chocó, en aquel patio, fué una puerta del siglo diez y seis que simula una arcada, habiendo caído todo en derredor de ella. Frecuentemente nace de la misma ruina el aspecto monumental. En una pared, cerca de la arcada, se abre otra puerta con clavos del tiempo de Enrique IV, que da vista á los árboles de un huerto. Al lado

de esta puerta habia un hoyo de estiércol, palas y azadones, algunas carretas, un pozo antiguo, con su pila y su molinete de hierro, un potro saltando, un pavo haciendo la rueda, una capilla coronada por un pequeño campanario, un peral en flor y en espaldera contra la pared de la capilla: tal era el patio cuya conquista fué un sueño de Napoleón. Si hubiera él podido tomar aquel rincón de tierra, tal vez le hubiera dado el cetro del mundo. Las gallinas esparcen el polvo con el pico. Oyése un gruñido; es un gran perro que enseña los dientes y que reemplaza á los ingleses.

Los ingleses allí estuvieron admirables. Las cuatro compañías de los guardias de Cooke hicieron en aquella estancia rostro firme, durante siete horas, al encarnizamiento de un ejército.

Visto en el mapa, en plano geométrico, Hougomont, incluso los edificios y los cercados, presenta una especie de rectángulo irregular, uno de cuyos ángulos ha sido escopleado. En este ángulo rebajado es donde está la puerta meridional, guardada por aquel muro que la tusa á quema ropa. Hougomont tiene dos puertas: la puerta meridional, que es la del castillo, y la septentrional, que es la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones Guilleminot, Foy y Bachelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de Reille maniobró y fracasó; y las hombas de Kellermann se agotaron contra aquel heroico lienzo de muralla. La brigada Bauduin no fué demasiado para forzar por el lado Norte á Hougomont, y la brigada Soye no pudo sino descantillar el lado Sud, sin tomarle.

El patio está cerrado al Sud por los edificios de la granja. Un pedazo de la puerta Norte, rota por los franceses, está colgado en la pared. Son cuatro tablas clavadas sobre dos travesaños, y donde se distinguen las cuchilladas del ataque.

La puerta septentrional, forzada por los franceses, y á la cual han puesto despues una pieza para reemplazar el pedazo colgado en la muralla, se entreabre al fondo del patio; está cortada en cuadro en una pared de piedra por abajo y de ladrillo arriba, la cual cierra el patio por el lado Norte. Es una simple puerta de carros como las hay en todas las alquerías, con dos grandes batientes formados de tablas rústicas: y más allá se ve un prado. La disputa de aquella entrada fué terrible. Durante mucho tiempo veíanse aún en el dintel de la puerta toda especie de señales de manos ensangrentadas. Allí fué donde mataron á Bauduin.

Aún se nota en aquel patio la tempestad del combate, el horror es visible todavía; el desórden de la refriega está allí como petrificado; la vida y la muerte se ven en aquel sitio; la escena fué ayer. Las paredes agonizan, las piedras se derrumban; las brechas gritan; los agujeros son heridas; los árboles, inclinados y temblando, parecen hacer esfuerzos para huir.

En 1815, aquel patio tenía más construcciones que en la actualidad. Ciertos edificios, que han sido demolidos despues, formaban entónces como especies de reductos ó estrellas, con sus ángulos y recodos en escuadra.

Allí se atrincheraron los ingleses; los franceses penetraron en aquel recinto, pero no pudieron mantenerse en él. Al lado de la capilla, un ala del castillo, único vestigio que aún queda de la morada feudal de Hougomont, se levanta derruida, y pudiera decirse destruida. El castillo sirvió de torre, y la capilla de blokaus. Fué aquel un lugar de exterminio. Los franceses, ametrallados y arcabuceados por todas partes, por detras de las murallas, desde lo alto de los graneros, del fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todos los respiraderos, por todas las hendiduras de las piedras, trajeron fagina, y pusieron fuego á las paredes y á los hombres: la metralla tuvo por réplica el incendio.

En el ala arruinada, al traves de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, distingúense aún las piezas desamuebladas de un cuerpo de edificio de ladrillo; en estas habitaciones se hallaban emboscados los guardias ingleses; la espiral de la escalera, llena de grietas y hendiduras desde el suelo hasta el techo, se asemeja al interior de un caracol hecho pedazos. La escalera tiene dos pisos: los ingleses, asediados en ella, y agrupados en los escalones superiores, habían cortado los inferiores. Son estos unas grandes baldosas de piedra azulada amontonadas hoy entre las ortigas. Unos diez escalones se sostienen aún contra la pared; sobre el primero de ellos se ve grabada la figura de un tridente. Estos escalones inaccesibles son sólidos en sus alvéolos. Todo lo demas se asemeja á una mandíbula desdentada. Dos árboles hay allí: el uno está muerto; el otro, herido en el pié, reverdece en Abril. Desde 1815, ha ido brotando al traves de la escalera.

En la capilla hubo horrenda matanza. El interior, una vez que se halla tranquilo, parece extraño. Desde la carnicería que allí tuvo lugar no se ha vuelto á decir misa en ella. El altar sin embargo subsiste aún, un tosco altar de madera respaldado en un fondo de piedra bruta. Cuatro paredes blanqueadas con cal, una puerta frente al altar, dos ventanitas cimbradas, un gran crucifijo de madera sobre la puerta, encima del crucifijo una claraboya cuadrada que tapaba un haz de heno, y en un rincon, en el suelo, unas vidrieras rotas; tal es la capilla. Junto al altar, está clavada una estatua de madera, de santa Ana, del siglo quince; la cabeza del niño Jesus fué arrancada por una bala vizcaína. Los franceses, posesionados un momento de la capilla, que despues se vieron precisados á evacuar, la incendiaron. Las llamas llenaron completamente aquel arruinado edificio, que se convirtió en una hornaza, ardiendo la puerta y el suelo. El Cristo de ma-

dera no ardió. El fuego le royó solamente los piés, de los cuáles no quedan ya sino los muñones ennegrecidos, y allí se detuvo Milagro, dicen las gentes del país. El niño Jesus, decapitado, no fué tan dichoso como el Cristo.

Las paredes se hallan cubiertas de inscripciones. Junto á los piés del Cristo se lee este nombre : *Henquinez*. Después se encuentran estos otros : *Conde de Rio-Mayor; marqués y marquesa de Almagro (Habana)*. Hay allí nombres franceses, con puntos de admiracion, signos de ira. En 1849, blanquearon de nuevo la pared. En ella se insultaban las naciones.

Á la puerta de esta capilla fué donde recogieron un cadáver que tenía un hacha en la mano. Este cadáver era el subteniente Legros.

Al salir de la capilla, á la izquierda, se ve un pozo, de los dos que hay en aquel patio. Se preguntan : ¿ Por qué en este no hay cubos ni polea ? Porque ya de él no se saca agua. ¿ Y por qué no se saca agua ? Porque está lleno de esqueletos.

El último que sacó agua de este pozo se llamaba Guillermo Van Kylsom ; un labriego que habitaba en Hougomont, donde era jardinero. El 18 de Junio de 1815, su familia emprendió la fuga y se fué á ocultar en los bosques.

La selva que circunda la abadía de Villers abrigó durante muchos dias y muchas noches á todas aquellas infelices gentes dispersas. Hoy todavía, ciertos vestigios bien fáciles de reconocer, tales como viejos troncos de árbol quemados, marcan el sitio de aquellos pobres y medrosos vivacs en el fondo de los matorrales.

Guillermo Van Kylsom permaneció en Hougomont, « para guardar el castillo, » y se escondió en un sótano. Los ingleses le descubrieron allí. Le arrancaron de su escondrijo, y á sablazos de plano, se hicieron servir los com-

batientes por aquel hombre asustado. Tenian sed ; y Guillermo era quien les daba de beber, sacando el agua de aquel pozo. Muchos bebieron allí su último trago. Aquel pozo, donde bebieron tantos muertos, debía él morir tambien.

Después de la acción hubo gran prisa para enterrar los cadáveres. La muerte tiene una manera particular de provocar la victoria, y hace seguir á la gloria la peste. El tifus es un apéndice del triunfo. Aquel pozo era profundo, por consiguiente hicieron de él un sepulcro, en el cual arrojaron nada ménos que trescientos muertos ; tal vez con demasiada premura. ¿ Estaban todos ellos muertos ? La leyenda dice que no. Parece que, en la noche que siguió á aquel horrible enterramiento, se oian salir del pozo algunas voces débiles que llamaban.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes divididas entre piedra y ladrillo, replegadas como los lienzos de un biombo y simulando una torrecilla cuadrada, le rodean por tres lados ; hallándose el lado cuarto abierto. Por aquí es por donde sacaban el agua. La pared del fondo tiene una especie de ojo de buey informe, que tal vez es el agujero hecho por alguna granada. Aquella torrecilla tenía un techo del cual sólo quedan las vigas. El herraje que sirve de sosten á la pared de la derecha figura una cruz. Al inclinarse uno, pierde enteramente la vista en un profundo cilindro de ladrillo que está lleno de tinieblas. La parte inferior de las paredes y todo al rededor del pozo desaparece entre las ortigas.

Aquel pozo no tiene por delantera la ancha losa azul que sirve de delantal á todos los pozos de la Bélgica. La losa azul está allí reemplazada por un travesaño en el cual se apoyan cinco ú seis troncos de madera, disformes, nudosos y anquilosos, que se asemejan á grandes osamentas. Ya no tiene cubos, ni cadena, ni garrucha ; pero aún conserva allí la pila de piedra que servia de desagüe. El agua de las lluvias

se deposita en ella, y de vez en cuando, algun ave de las selvas inmediatas viene allí á beber, y vuela en seguida.

En aquellas ruinas hay todavía una casa habitada, la casa de la granja, cuya puerta da al patio. Al lado de una bonita placa de cerradura gótica, hay en aquella puerta una aldaba de hierro trebolado, y colocada al sesgo. En el momento en que el teniente hannoveriano Wilda se asía á aquel aldabon para refugiarse en la granja, un zapador frances le cortó la mano de un hachazo.

La familia que hoy habita la casa tiene por abuelo el antiguo jardinero Van Kylsom, muerto hace ya mucho tiempo. Una mujer que tiene el pelo gris nos dijo: — Yo estaba aquí. Tenía entónces tres años. Mi hermana, mayor que yo, tenía miedo y lloraba. Nos llevaron al bosque. Yo iba en brazos de mi madre. Ponían los oídos contra el suelo para escuchar. Yo imitaba el cañon, y hacía *¡bum, bum!*

Segun hemos dicho ya, una puerta del patio, á la izquierda, da al huerto.

El huerto es terrible.

Dividese en tres partes, y casi pudiera decirse en tres actos. La primera parte es un jardin, la segunda un huerto, la tercera un bosque. Estas tres partes tienen un recinto comun, por ellado de la entrada los edificios del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una pared, otra en el fondo. La pared de la derecha es de ladrillo, la del fondo es de piedra. Primero se entra en el jardin. Su direccion, al entrar, es de alto á bajo; está plantado de groselleros, obstruido de vegetaciones silvestres, cerrado con un terraplen monumental de piedra de sillería con dobles balaustradas. Era un jardin señorial construido con arreglo á aquel primer estilo frances que precedió á Le Nôtre, y convertido hoy en ruinas y espinares. Las pilastras están coronadas de globos que parecen bombas de piedra. Cuéntanse aún cuarenta y tres balaustres sobre sus bases; los de-

mas yacen tendidos entre la yerba. Casi todos ellos tienen sus rasguños de mosquetería. Un balaustre roto se halla sobre la roda como una pierna fracturada.

En aquel jardin, más bajo que el huerto, fué donde seis tiradores del 1.º deligeros, habiendo penetrado en aquel sitio y hallándose en la imposibilidad de salir, cercados y acosados como osos en su fosa, aceptaron el combate contra dos compañías hannoverianas, una de las cuales estaba armada de carabinas. Los hannoverianos guarnecian la balaustrada y disparaban desde arriba. Aquellos tiradores, replicando al fuego con fuego desde abajo, seis contra doscientos, intrépidos, sin más parapeto que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Desde el jardin, bajando algunos escalones, se pasa al huerto propiamente dicho. En este otro sitio, de algunas toesas cuadradas, mil quinientos hombres sucumbieron en ménos de una hora. Diríase que aquella pared está pronta á recomenzar el combate. Aún se ven allí las treinta y ocho troneras abiertas por los ingleses á irregulares alturas. Delante de la décimasexta hay dos tumbas inglesas de granito. No hay troneras sino en la pared del Sud, que era de donde venía el principal ataque. Aquella pared está oculta á la parte de fuera por un gran seto vivo. Los franceses llegaron, creyendo no encontrar allí otra cosa que el seto, el cual saltaron hallándose en seguida con la pared, que á la vez era obstáculo y emboscada; encontrándose detras de ella la guardia inglesa, las treinta y ocho troneras haciendo fuego á la vez, una tempestad de balas, bombas y metralla. Allí se estrelló entónces la brigada Soye. Así fué como principió Waterloo.

El huerto sin embargo fué tomado. No habia escalas, pero los franceses treparon con las uñas. Batiéronse cuerpo á cuerpo entre los árboles. Toda aquella yerba fué regada con sangre. Allí pereció aterrado un bata-

llon de Nassau, fuerte de setecientos hombres. Por la parte de fuera, la pared, contra la cual fueron asestadas las dos baterías de Kellermann, está corroída por la metralla.

Aquel huerto es sensible, lo mismo que otro cualquiera, al mes de Mayo. Os tenta sus dorados pimpollos y sus margaritas, la yerba es alta, caballos de labranza forrajean en él, unas sogas de cerda donde cuelgan la ropa para secarla, atraviesan los intervalos de los árboles, obligando á bajar la cabeza á las personas que visitan aquellos lugares, y al andar por aquel páramo, se introduce el pié en los hoyos construidos por el topo. En medio de la yerba distingue un tronco arranca do, tendido en el suelo, y reverdeciendo. En aquel tronco se apoyó el mayor Blackman para espirar. Junto á un grande árbol inmediato sucumbió el general alemán Duplat, oriundo de una familia francesa refugiada en la época de la revocacion del edicto de Nántes. Al lado se encorva un manzano viejo y enfermo que curan con greda y un vendaje de paja. Casi todos los manzanos se caen ya de viejos; pero ni uno solo hay que no tenga su bala ó su vizcaina en el tronco. En aquel verjel abundan los esqueletos de árboles muertos. Los cuervos vuelan entre las ramas, en el fondo hay un bosquecillo lleno de violetas.

Bauduin muerto, Foy herido, el incendio, la lid violenta, la carnicería, un arroyo de sangre inglesa, de sangre alemana y de sangre francesa, furiosamente mezcladas, un pozo colmado de cadáveres, el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruidos, Duplat muerto, Blackman muerto, la guardia inglesa mutilada, veinte batallones franceses de los cuarenta del cuerpo de Reille, diez mados, tres mil hombres, sólo en aquella casucha de Hougomont, acuchillados, degollados, destrozados, fusilados, quemados; y todo esto para que hoy diga un campesino al viajero: *Señor, deme usted tres francos, y si usted quiere, yo le explicaré la cosa de Waterloo!*

III

EL 18 DE JUNIO DE 1815

Volvamos atrás, pues que este es uno de los derechos del narrador, coloquémonos de nuevo en el año de 1815, y aún algo ántes de la época en que empieza el suceso referido en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815, habria cambiado enteramente el porvenir de la Europa. Algunas gotas de agua más ó ménos hicieron declinar á Napoleon. Para que Waterloo fuese el fin de Austerlitz, no necesitó la Providencia sino un poco de lluvia, y una nube atravesando el cielo en sentido contrario á la estación, bastó para que se desplomase un mundo.

Hasta las once y media no pudo principiar la batalla de Waterloo, habiendo así dado tiempo para que llegase Blücher. ¿Y por qué no pudo comenzar hasta esa hora? Porque la tierra estaba mojada; y fué preciso esperar á que se

secara un poco para que pudiese maniobrar la artillería.

Napoleon era oficial de esta arma y se resentía de ello. Todos sus planes de batalla tenían por base de operaciones el proyectil. Hacer que la artillería fuese convergente en un punto dado : tal era siempre la clave de su victoria. Trataba á la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba de metralla un punto débil ; enlazaba y desenlazaba las batallas con el cañon. En aquel genio vislumbrábase siempre el tiro. Romper los cuadros, pulverizar los regimientos; forzar las líneas, triturar y dispersar las masas; para él, todo estribaba en esto; herir, herir, herir sin cesar, y confiaba esta tarea á los cañones. Sistema formidable, y que, unido al genio, hizo invencible durante quince años á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba él tanto más con la artillería, cuanto que tenía en su favor el número. Wellington no llevaba en todo sino ciento cincuenta bocas de fuego ; mientras que Napoleon conducía doscientas cuarenta.

En la hipótesis de que la tierra hubiera estado seca, y que la artillería hubiera podido rodar y maniobrar, la acción habría empezado á las seis de la mañana ; y la batalla estaría concluida y ganada á las dos, es decir, tres horas ántes de la peripecia prusiana.

¿ Que dosis de falta puede imputarse á Napoleon en la pérdida de aquella batalla ? ¿ por ventura el naufragio es imputable al piloto ?

¿ La evidente decadencia física de Napoleon se complicaba tal vez en aquella época con cierto decrecimiento interior ? ¿ habían gastado los veinte años de guerra la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo ? ¿ hacíase sentir desventajosamente el veterano en el capitán ? en una palabra, ¿ eclipsábase aquel genio, como lo han creído muchos historiadores de gran nota ? ¿ se entregaba al frenesí, para dis-

frazarse á sí mismo su propia debilidad ? ¿ empezaba á oscilar bajo el extravío de un soplo de aventura ? ¿ habíase el hecho, cosa grave en un general, desconocedor del peligro ? ¿ hay acaso, en esa clase de hombres materiales á quienes podemos llamar los gigantes de la acción, una edad para la miopía del genio ? la vejez no ejerce sus funciones mortíferas sobre los genios del ideal ; para los Dantes y los Miguel Angelos, envejecer es crecer ; ¿ será decrecer para los Annibales y los Bonapartes ? ¿ habría perdido Napoleon el sentido directo de la victoria ? ¿ hallábase ya en estado de no reconocer el escollo, de no adivinar el lazo, de no discernir el borde espantoso de los abismos ? ¿ carecía del olfato de las catástrofes ? él, que en otro tiempo conocía todos los caminos del triunfo, y que desde lo alto de su carro de relámpagos, los señalaba con un dedo soberano, ¿ hallábase ya entónces embargado por un pasmo siniestro que conducía al precipicio su tumultuoso cortejo de legiones ? ¿ estaba acometido, á los cuarenta y seis años, de un acceso de suprema locura ? aquel cochero titánico del destino, ¿ no era ya sino un inmenso rompe-erismas ?

No lo creemos.

Por confesion de todo el mundo, su plan de batalla era una obra maestra. Marchar directamente al centro de la línea de los aliados ; abrirse paso rompiendo esta línea, dividiendo en dos al enemigo ; lanzar la mitad británica sobre Hal y la mitad prusiana sobre Tongres ; hacer de Wellington y de Blücher dos fragmentos ; apoderarse de Mont-Saint-Jean ; ocupar á Brusélas ; arrojar al alemán en el Rhin y al inglés en el mar. Todo esto se encerraba, á juicio de Napoleon, en aquella batalla. Despues se vería qué partido tomar.

Excusado es decir que nosotros no pretendemos hacer aquí la historia de Waterloo : unas de las escenas capitales del drama que referimos se enlaza con esa batalla ; pero su

historia no es de nuestro asunto ; además, esa historia está ya escrita, y escrita magistralmente, bajo un punto de vista por el mismo Napoleon, y bajo otro punto de vista por Charras. En cuanto á nosotros, dejamos á los dos historiadores luchando por la razón y la verdad ; nosotros no somos más que un testigo á distancia, un pasajero que atraviesa la llanura, un investigador inclinado sobre aquella tierra amasada con carne humana, tomando tal vez apariencias por realidades ; no tenemos deseo de hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos donde hay sin duda ilusión ; pues carecemos de la práctica militar y de la competencia estratégica que autorizan un sistema ; en nuestro sentir, un encadenamiento de casualidades domina en Waterloo á los dos capitanes ; y cuando se trata de ese acusado misterioso á quien llaman el destino, juzgamos como ese juez cándido y sencillo á quien llaman el pueblo.

IV

i

Los que quieran figurarse con claridad la batalla de Waterloo no tienen más que representarse con el pensamiento una A mayúscula en el terreno. La pierna izquierda de la A es la ruta de Nivelles, la pierna derecha es la ruta de Genappe, el palo que atraviesa la A es el camino hondo de Ohain á Braine-l'Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint Jean, allí está Wellington ; la punta izquierda inferior es Hougomont, allí está Reille con Jerónimo Bonaparte ; la punta derecha inferior es la Belle-Alliance, allí está Napoleon. Un poco más abajo del punto en que la cuerda ó palo de la A encuentra y corta la pierna derecha es la Haie-Sainte. En medio de esta cuerda está el punto preciso en el cual se pronunció la palabra final de la batalla. Allí es donde han colocado al león, símbolo involuntario del supremo heroísmo de la guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A entre las

dos piernas y el palo, es la meseta de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta meseta fué toda la batalla.

Á derecha é izquierda de las dos rutas de Genappe y de Nivelles se extienden las alas de los dos ejércitos; d'Erlon haciendo frente á Picton, y Reille haciendo frente á Hill.

Detras la punta de la A, detras de la meseta de Mont-Saint-Jean, se halla el bosque de Soignes.

Por lo que hace á la llanura en si misma represéntese un vasto terreno undoso; cada pliegue domina el pliegue siguiente, y todas las ondulaciones suben hácia Mont-Saint-Jean, yendo á terminar en el bosque.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos luchadores á brazo partido. Cada cual procura hacer que resbale y caiga su adversario. Á todo echan mano para asirse y guarecerse; una mata es un punto de apoyo; la esquina de una pared un parapeto; por falta de una bicoca en que respaldarse, á veces un regimiento se ve obligado á emprender la fuga; una ligera hondonada en la llanura, un movimiento, un accidente cualquiera en el terreno, una senda transversal á propósito, un bosque, un barranco, pueden defener la marcha de ese coloso que lleva el nombre de ejército é impedirle la retirada. El que sale del campo está derrotado. De aquí la necesidad, para el jefe responsable, de examinar la menor espesura de árboles y profundizar el menor relieve.

Los dos generales habian estudiado atentamente el terreno, es decir, la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterloo. Desde el año anterior, Wellington, con una sagacidad previsora, la habia examinado como para el caso muy posible de que allí se librara una gran batalla. En aquel terreno, y para aquel duelo, Wellington tenia, el 18 de Junio, el buen partido, y Napoleon el malo. El ejército inglés estaba en las alturas, y el francés en la parte baja.

Bosquejar aquí el aspecto de Napoleon, á caballo, con su antejo en la mano, sobre el cerro de Rossomme, al amanecer del 18 de Junio de 1815, es cosa que casi está lemas. Antes de mostrarle, ya le ha visto todo el mundo. Aquel rostro sereno bajo el bien conocido sombrero de la escuela de Brienne, aquel uniforme verde, las solapas blancas ocultando la placa, la levita tapando las charreteras, el ángulo del cordon encarnado bajo el chaleco, el calzon de ante, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo color de púrpura guarnecida en las puntas de N coronadas y de águilas, las botas á la jineta sobre medias de seda, las espuelas de plata, la espada de Marengo, toda aquella figura del último César está viva y de pié en las imaginaciones, aclamada por los unos, severamente mirada por los otros.

Esa figura ha estado toda ella, por mucho tiempo, en la luz; esto proviene de cierto oscurecimiento introducido por las leyendas, oscurecimiento que la mayor parte de los héroes desvanecen, pero que vela siempre la verdad, por más ó menos tiempo. Hoy ya sin embargo, la historia y la luz permiten ver más claro.

La historia, esta gran claridad, es inclemente; teniendo esto de extraño y de divino, que, con ser ella una gran luz, y precisamente porque es luz, coloca á menudo sombras allí donde se veian rayos; de un mismo hombre, forma dos fantasmas diferentes, uno de los cuales ataca al otro y le hace justicia; y las tinieblas del déspota luchan con el desumbramiento del capitán. De aquí una medida más exacta en la apreciación definitiva de los pueblos. Babilonia violada disminuye á Alejandro; Roma encadenada disminuye á César; Jerusalem sacrificada disminuye á Tito. La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para un hombre el dejar tras si la oscuridad, la noche, bajo su propia figura.